

CÓMO Y POR QUÉ EL TABLERO MUNDIAL SE
RESQUEBRAJARA EN LOS PRÓXIMOS AÑOS

ESTEBAN HERNÁNDEZ

EL NUEVO ESPÍRITU DEL MUNDO

**POLÍTICA Y GEOPOLÍTICA
EN LA ERA TRUMP**



DEUSTO

El nuevo espíritu del mundo

Política y geopolítica en la era Trump

ESTEBAN HERNÁNDEZ



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Esteban Hernández Jiménez, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: mayo de 2025

Depósito legal: B. 6.874-2025

ISBN: 978-84-234-3803-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Introducción.....	9
1. La estupefacción	17
2. Los lugares en los que hay que estar.....	43
3. El poder de los territorios.....	69
4. Una historia moral del conservadurismo (I).....	93
5. Una historia moral del conservadurismo (II).....	145
6. <i>Enter</i> Carl Schmitt.....	177
7. Shakespeare en Washington	199

La estupefacción

El día que se celebraron las elecciones estadounidenses, los principales diarios, casi todos favorables a los demócratas, abrían sus ediciones con artículos dedicados a los estados de ánimo² en los que se alababa la energía positiva y el optimismo con que los partidarios de Kamala Harris encaraban los comicios. *The New York Times* incluso publicaba un texto³ en el que se analizaban las auras que desprendían ambos partidos: el color esperanza brillaba entre los demócratas y el de la indignación entre los republicanos. Por lo demás, los textos incidían en los mensajes repetidos en las semanas anteriores: las mentiras continuas de Trump,⁴ la posibilidad de que sus seguidores intentasen rebelarse contra los resultados si no lograban la victoria o la inminencia de un régimen autoritario. Todos ellos transmitían la convicción, cargada de fe, de que la gente apostaría por la democracia en lugar de por un hombre extravagante y abusivo.

2. <<https://www.nytimes.com/2024/11/04/us/politics/harris-trump-pennsylvania-campaign.html>>.

3. <<https://www.nytimes.com/2024/11/04/opinion/democrat-republican-election-vibes.html>>.

4. <<https://www.theatlantic.com/politics/archive/2024/11/trump-campaign-cruelty/680498/>>.

Estaban convencidos de que había muchas realidades que estaban pasando bajo el radar, como el papel determinante que tendrían las mujeres en la votación: incluso las esposas de los republicanos apostarían por Harris, aunque sin reconocerlo abiertamente para no enfadar a sus maridos MAGA.

Las noticias internacionales de ese día también hablaban de las posibles interferencias rusas en los comicios,⁵ de la crisis alemana a partir de un modelo económico y energético roto,⁶ o de un Israel que pretendía remodelar Oriente Medio por completo.⁷ Al otro lado del Pacífico, el artículo más leído en el diario oficialista chino describía las características del avión de combate ruso Su-57,⁸ que había visitado China y se esperaba que participase con el ejército de Pekín en una exhibición aérea.

Todo eso estaba sucediendo a la vez, y todo se ventilaba en las elecciones de Estados Unidos. Por más que se pusiera el acento en las características personales del presidente y se insistiera en la pulsión autoritaria que había penetrado entre las poblaciones menos formadas, lo cierto es que el líder republicano no era una anomalía, sino el producto de una época. Estados Unidos estaba sujeto a tensiones nacionales e internacionales y debía responder a ellas. Trump fue el líder político que más énfasis puso en la urgencia de una reacción y eso le llevó a la Casa Blanca. Había un deseo de cambio en la población estadounidense, en buena medida porque la mayoría del país creía que la fórmula con la que se había gobernado en las últimas décadas estaba agotada y entendía que era preciso un giro para arreglar los desperfectos. También lo creía una parte de sus élites: la pérdida de poder que Estados Unidos estaba sufriendo en el contexto internacional requería soluciones mucho más contundentes.

5. <<https://www.nytimes.com/2024/11/04/us/politics/election-threats-russia.html>>.

6. <<https://www.ft.com/content/6c345cf9-8493-4429-baa4-2128abdd0337>>.

7. <<https://www.ft.com/content/9af7a433-dbl1a-4c19-a0fb-d587ffec8f99>>.

8. <<https://www.globaltimes.cn/page/202411/1322379.shtml>>.

El triunfo de Trump en noviembre de 2024 no era difícil de vaticinar si, además del contexto, se tenían en cuenta las señales de las semanas previas a las elecciones. La elevada inflación había minado las posibilidades de los demócratas, que eran, al fin y al cabo, el partido que gobernaba. Los grupos de discusión, que en épocas inciertas ofrecen indicios más relevantes que las encuestas, subrayaban no sólo que los estadounidenses demandaban un giro en las políticas, sino que quien mejor encarnaba el cambio era Trump. Y, al mismo tiempo, las encuestas señalaban al líder republicano como el más capacitado para gestionar los asuntos que más preocupaban a su población. Eran tres elementos decisivos, ya que quien aventaja a su contrincante en al menos dos de ellos suele resultar vencedor.

A pesar de todos los indicios, la elección de Trump fue un *shock* para el Partido Demócrata (y para el *establishment* europeo) del que todavía no se ha recuperado. Hasta entonces, lo habitual era que el ámbito progresista se desarrollara en un entorno reconfortante: sus adversarios se apoyaban en las noticias falsas y en la desinformación y sus votantes eran nacionalistas reaccionarios, a menudo personas no formadas y enfadadas que daban rienda suelta a su emocionalidad. La nueva victoria de los republicanos no sólo desbarató esa sensación de superioridad, sino que desarticuló por completo los argumentos y las creencias que habían utilizado política y electoralmente.

El *shock* demócrata

Más allá de las ideas concretas que pusieron en juego, los demócratas estructuraron su campaña a partir de una amenaza que había sido utilizada profusamente años antes. Las derivas políticas causadas por las sucesivas crisis (la de 2008 y su recuperación desigual, la provocada por el covid, la guerra y la perturbación de las cadenas de suministro) habían disparado la aceptación de fuerzas políticas peligrosas. Los populistas se estaban imponiendo y promovían liderazgos desafiantes y una visión perturbadora sobre la democracia. Frente a ese crecimiento de las formaciones

autoritarias, era imprescindible movilizar a la sociedad para conservar las instituciones y las libertades.

Situar a la derecha autoritaria como el enemigo permitía, o así lo creyeron los demócratas, establecer un frente sistémico que reuniera votantes que provenían de tradiciones políticas diferentes. Dado que enfrente estaba Trump, podrían agrupar los votos de la izquierda (por el mal menor), los de las minorías (para combatir el racismo) y los de las mujeres (para evitar el machismo y la prohibición del aborto). Además, esperaban conseguir votantes republicanos moderados, asustados por el giro de su partido, y el apoyo de Liz Cheney o de Schwarzenegger debía servir para ese objetivo. Dibujaron un frente amplio sin llamarlo así, y movilizaron desde figuras de la izquierda, como Sanders u Ocasio-Cortez, hasta personajes populares, como Taylor Swift, Bad Bunny o Bruce Springsteen.

La amenaza del autoritarismo también favorecía una alianza entre distintas fuerzas sociales. El equipo de Harris, como el del resto de los partidos progresistas occidentales, pertenecía a las clases formadas urbanas, cuya mentalidad estaba forjada por consultores, economistas, expertos en ciencias sociales cuantitativas y asesores de imagen. Era sencillo que su visión conectase fácilmente con entornos urbanos que hablaban el mismo lenguaje. Pero sólo con ellos no se ganaban unas elecciones: era preciso atraer a otras clases sociales. Y, para ese propósito, debían solucionar un problema serio. Los trabajadores sindicalizados y las clases medias en declive, que apostaron tradicionalmente por los demócratas, se estaban alejando de su partido de referencia. La idea de una coalición, forjada por las minorías raciales, por las mujeres y por los jóvenes se abrió paso como la nueva base social demócrata. Los intereses de esos grupos diferían, pero encontraban puntos de conexión en un ideario de reivindicación de derechos, justo a los que Trump y las derechas emergentes se oponían. Los asesores de Harris insistieron en esa apuesta desde la convicción en que, por cada votante de clase trabajadora que perdieran, lograrían dos en los suburbios de las grandes ciudades. Además, las generaciones jóvenes, especialmente favorables al progreso, aportarían una fuerza extra.

La coalición electoral y la coalición social, como núcleo del bloque que luchaba contra las tendencias dictatoriales, mostraron sus enormes debilidades en las elecciones estadounidenses, que no fueron más que un espejo de lo que estaba ocurriendo en Occidente. Ese doble centro, en el que se asentaban los progresistas, estaba en proceso de disolución. La conformación de la lucha política a partir del eje democracia / autoritarismo fue útil durante una época, en primera instancia para combatir a los populismos de izquierda y más tarde para establecer un cortafuegos a las nuevas derechas. No fue suficiente, ya que muchos de los nuevos partidos se convirtieron en fuerzas importantes, cuando no decisivas, en sus países, y formaron parte de las coaliciones de gobierno, cuando no acabaron dirigiéndolos. Además, la ausencia de un éxito rotundo del bloque democrático causaba una erosión continua en el sistema político: en Francia, el cortafuegos a Le Pen funcionó en las presidenciales y en las legislativas, pero con el precio de convertir el país en ingobernable; En España, el frente amplio fue fundamental para que Sánchez repitiera como presidente, pero ha abocado a la inestabilidad parlamentaria permanente.

Las elecciones de noviembre de 2024 no sólo mostraron la escasa eficacia del eje democracia / autoritarismo, sino que subrayaron de manera dolorosa que los progresistas ni siquiera lograban detener el avance de las fuerzas rivales asumiendo parte de sus ideas. Harris, en un intento de atraer a los republicanos moderados, frenó en seco todo el impulso ligado a la transición verde y se declaró partidaria del *fracking*; borró de la memoria aquella desfinanciación de la policía que apareció en los grupos activistas en años anteriores; las medidas que promovió para ganar voto entre los varones afroamericanos estaban construidas desde el aliento neoliberal, como el respaldo a las criptomonedas; su postura sobre la inmigración también giró sustancialmente y se declaró partidaria de un control mucho más firme. Pero tampoco acercándose al programa ajeno logró que el frente amplio funcionara. Necesitaban algo mucho más potente que señalar a Trump como una gran amenaza para la democracia, revestir sus proclamas de entusiasmo y optimismo y robar algunos votos a los republicanos.

Por supuesto, el triunfo de Trump fue también producto de una coyuntura, particularmente ligada a una inflación elevada que había deteriorado a las clases medias y a las trabajadoras, al énfasis en asuntos como la inmigración y el proteccionismo, que sonaban relevantes para los estadounidenses, y al desgaste que habían sufrido los demócratas en su gobierno, además de a su mala elección de candidatos. Pero sería un error quedarse únicamente en lo puntual. Trump recogió varios aspectos presentes en la política occidental que subrayan que el juego tiene nuevas reglas: el sentimiento anti *statu quo*, el deseo de cambio, el malestar hacia los gobiernos y una rearticulación de la política a partir de la variable geográfica, y todo ello envuelto en una crisis de hegemonía estadounidense. Hay una nueva política que surge a partir de estos elementos, frente a la que una coalición amplia sonaba débil, porque funcionaba con las ideas del pasado.

El derrame nacional

La aparición de un eje electoral diferente es parte de esos cambios. El tradicional, izquierda / derecha, o progresismo / conservadurismo, quedó relegado a un segundo lugar en las elecciones estadounidenses. Una buena prueba es el mismo hecho de que los demócratas, en lugar de poner énfasis en su ideario (energía verde, combate contra el cambio climático, defensa de las sociedades multiculturales, lucha contra las opresiones derivadas del machismo, el racismo y la xenofobia), viraron hacia una posición más abstracta, la de la defensa de la democracia. Los conservadores optaron por otra propuesta. Trump insistió en el *Make America Great Again* como solución a un momento poco favorable para su nación, tanto en términos internos como en política internacional. Había que fortalecer un país deteriorado. Era preciso recuperar muchas de las cosas que se habían perdido, comenzando por los trabajos mejor pagados del sector industrial; se debía reactivar el músculo energético y militar, reorientar decididamente el rumbo de la economía y ganar fuerza en el contexto internacional. Los republicanos utilizaron los mensajes habituales de la derecha res-

pecto de la corrosión de las costumbres causada por unos progresistas que habían caído en el exceso, así como la necesidad de rebajar impuestos y de recortar gastos, pero lo complementaron con un impulso proteccionista fuerte, con el freno decidido a la inmigración, con la lucha contra la delincuencia y con una llamada al orden al resto de los países: China se había aprovechado de Estados Unidos, pero también los socios europeos. Era el momento de cambiar el paso o América viviría un declive aún más profundo.

Trump optó por hacer del eje nacional / global el centro de su campaña, ya que las políticas mundialistas habían debilitado a la nación. Utilizó un enérgico discurso anti *statu quo*, con el que combatía las creencias dominantes en los tiempos recientes: el neoliberalismo se había acabado, el orden basado en reglas debía dejar paso a una reformulación que favoreciese a Estados Unidos y había que poner punto final a la externalización de las capacidades del país.

Lo relevante de este mensaje latía en la unión implícita entre el destino personal y el del país: recuperar la fuerza de la nación traería también la mejora en el nivel de vida de sus ciudadanos. Ésa fue la promesa con la que atrajo a las clases perdedoras. Los conservadores cambiaron el mensaje: en lugar de su habitual economía del derrame (según la cual si les iba bien a quienes más dinero tenían, le iría bien al conjunto, ya que los beneficios obtenidos acabarían permeando en el resto de la sociedad) optaron por el *derrame* en términos nacionales. Si Estados Unidos recuperaba su fuerza, sus ciudadanos contarían con muchos más recursos en sus economías privadas.

Esta idea necesitaba de una condición de posibilidad. En el fondo, todo se resolvía a partir de una línea divisoria: si la mayoría de los ciudadanos confiaba en el sistema y creía en la continuidad del mismo, la apuesta demócrata sería la ganadora. Si, por el contrario, existía una sensación de que las cosas no funcionaban, de que el declive estaba presente y el futuro aparecía demasiado dudoso, Trump tendría mucha ventaja. La visión republicana encajó mejor con el sentir de los votantes.

El deseo de eficacia

Hay distintos factores que ayudan a que la decadencia sea percibida de un modo más intenso. Las poblaciones occidentales, desde el inicio del siglo, han vivido turbulencias que no han terminado de asimilar. Por más que la macroeconomía, las grandes y frías cifras, pueda arrojar saldos positivos, las economías privadas no han tenido tanta suerte, ya que las recesiones las han debilitado de manera acumulativa. Las clases medias y trabajadoras occidentales han visto cómo menguaban los recursos de los que disponían y cómo los bienes necesarios para su reproducción (vivienda, energía, alimentos, sanidad, educación) han incrementado sus costes; les han dejado mucho menos disponible, ya sea para el ahorro, para ese pequeño extra⁹ que permite mantener la ficción de un nivel de vida cómodo, o para llegar a final de mes.

Al mismo tiempo, y ligada a este factor, se ha generado una pérdida de confianza sustancial en las instituciones y en las personas que ejercen tareas de representación o de gestión. Ha afectado en primer lugar a los políticos (y al conjunto de la política), pero también al Estado, cada vez percibido como más ineficiente. De algún modo, la red institucional pensada para mantener la estabilidad y soportar las bases de la vida cotidiana ha pasado a ser descrita más como un problema que como una ayuda. Además, los cuerpos expertos, el anclaje de esa red, suelen ser observados por un segmento creciente de la población desde la suspicacia y el recelo. Son puestos en cuestión muy a menudo, a veces porque se les considera parte interesada mucho más que una instancia objetiva, a veces porque se les niega un conocimiento real. La unión de todas estas desconfianzas es relevante en un mundo secularizado, ya que la mezcla de instituciones y ciencia y técnica había conformado los espacios de mayor influencia social. Esto es relevante cuando ya quedan pocas cosas colectivas en las que creer: en un mundo en el que la religión tiene menos

9. Fourquet, Jérôme, y Cassely, Jean-Laurent, *La France sous nos yeux: Économie, paysages, nouveaux modes de vie*, Seuil, 2021.

presencia y en el que las utopías políticas ya no están operativas, si las estructuras comunes tampoco ofrecen seguridad, se genera un espacio vacío que es ocupado por todo tipo de preferencias particulares, desde el deseo material egoísta hasta las lecturas más conspiranoicas.

En ese contexto individualista, la frecuente elección de los políticos como uno de los principales problemas de la sociedad no hace más que reflejar el descontento generalizado con las instituciones. Con una derivada, el desprestigio creciente del Estado. En primera instancia, los tiempos de dificultades económicas suelen provocar una mayor necesidad de refugio y protección. Las demandas al Estado aumentan, y éste posee menos recursos para hacerlas frente, lo que genera insatisfacción. Al mismo tiempo, la idea de que las estructuras comunes suelen ser utilizadas por el poder (el político, pero también el económico) para enriquecerse en lugar de promover el bien común se convierte en habitual. Y ha emergido un sentimiento palpable de hartazgo, ligado a la regulación excesiva, a la cantidad de impuestos que se pagan o al mal desempeño de lo público, que hace creer a capas amplias de la población que el sistema no funciona, o que lo hace de manera deficiente.

Esta pérdida de confianza promueve una percepción negativa del futuro. Cuando el presente está atravesado por la incertidumbre, se hace más difícil pensar de manera optimista en el porvenir. Esto es dañino para la política, en especial para la de izquierdas, en la medida en que la línea de continuidad que hace creer en un progreso contante queda rota. En Estados Unidos, la visión del sueño americano como algo perteneciente al pasado, y difícilmente realizable ya, abre las puertas a un contexto completamente distinto. Pero lo que se ha quebrado es todavía más profundo, porque la idea de que el trabajo y esfuerzo permitirían a cualquier ciudadano disponer de los recursos necesarios para una vida razonablemente confortable ya no forma parte del imaginario común. La convicción de que al final de la vida laboral se dispondría de una mejor situación material que en las etapas intermedias tampoco es creída como pauta general. Son factores que modifican profundamente el terreno de juego electoral, por-

que rompen esa línea ascendente en la que el sistema basaba, en última instancia, su legitimidad, y que permiten que opciones políticas emergentes tengan su momento.

No obstante, lo peculiar de nuestra época no es la creencia en un declive constatable e inevitable. Ni la fe en el progreso ni el pesimismo existencial son dominantes; la desconfianza convive con la urgencia por encontrar una salida. Ni el deterioro se percibe como definitivo, ni se ha abandonado por completo la esperanza en las instituciones: es un instante de indecisión. Esa paradoja provoca que convivan tendencias contradictorias. Por una parte, se ha producido una llamativa repolitización, porque las discusiones se vuelven muy tensas, en las conversaciones privadas y en el espacio público, en medios de comunicación y en las redes. Pero al mismo tiempo que el volumen se eleva, cada vez más gente se aleja de esos entornos polarizados. Mientras algunos sectores, en general clases medias y medias altas, tienen una relación habitual con las noticias políticas, se interesan y opinan sobre ellas, un segmento significativo de la sociedad se desvincula de los asuntos públicos, se vuelca sobre sus proyectos privados y se refugia en el entorno cercano, interesándose únicamente por sus trayectorias y las del círculo íntimo. Esa doble condición, la de una politización intensa y la de un alejamiento de lo político y de lo común, convive en nuestra sociedad cada vez con más nitidez. El resultado final es la ruptura en tres capas: una parte pequeña de la sociedad se politiza aún más, otra toma distancia y únicamente presta atención en periodos electorales y otra se aleja por completo y ni siquiera acude a las urnas.

En ese contexto mezclado, aumenta la descreencia en el sistema, pero no desde posiciones ontológicas, ya que existe todavía un acuerdo amplio acerca de la necesidad de la democracia y de la conservación de las libertades. En Occidente no hay facciones que aboguen expresamente por modelos dictatoriales de Estado, sino que todos afirman defender una mejor versión de la democracia; los cambios que se prometen se dirigen a poblaciones que desean, ante todo, que las estructuras existentes funcionen mejor. La demanda de eficacia ocupa un lugar prioritario.

En consonancia, el movimiento político principal de los últimos años, esté o no representado por las organizaciones políticas, aspira únicamente a preservar el estatus social y cultural de una mayoría que dio en llamarse clase media occidental. No es un movimiento que, como los de siglos XIX y XX, conforme una lucha por la adquisición de nuevos derechos, sino que contiene un componente claramente conservador, en el sentido de que quiere preservar un nivel de vida y una estabilidad que se perciben claramente en riesgo, con sus correspondientes derivadas culturales.¹⁰ Muchas de las revueltas de los últimos años surgieron para conservar condiciones de vida y fueron instigadas por personas que afirmaban no querer perder más. Eran llamadas al rescate, no proclamas revolucionarias.

Sobre estas tres contradicciones opera la política contemporánea: una sociedad muy politizada y muy alejada de sus dirigentes al mismo tiempo, una contestación creciente al sistema y a su percibida ineficacia, y una población que, a la vez que demanda cambios profundos, se manifiesta conservadora. Sus consecuencias son relevantes en el terreno práctico, y las dos principales son el dominio del eje geográfico en lo electoral y el surgimiento de una nueva clase de dirigentes.

Los líderes de última instancia

Cuando los sistemas democráticos entran en fase de deterioro, suelen aparecer soluciones de urgencia, con las que se intenta restablecer la estabilidad. Durante el siglo XIX, y en buena parte del XX, los momentos límite eran gestionados por los militares. Incluso en Europa, tras la Segunda Guerra Mundial, países como Portugal, España o Grecia vivieron dictaduras encabezadas por miembros del ejército.

Esos tiempos parecen haber pasado, pero las figuras de excepción, el recurso de última instancia, no han desaparecido. Duran-

10. Guilluy, Christophe, *Les dépossédés: L'instinct de survie des classes populaires*, Flammarion, 2022.

te años, el gobierno de los expertos, esto es, de los tecnócratas, ha gozado de prestigio como cortafuegos de los excesos políticos: el nombramiento de ministros con ese perfil, en especial en economía, ha sido un requisito prácticamente necesario. Y cuando la política estaba demasiado débil a causa de unas configuraciones parlamentarias que no permitían mayorías, ha sido esa clase de especialistas, como ocurrió con Mario Draghi, la que ha dirigido los gobiernos. Bruselas y la Comisión, el centro del gobierno de Europa, contienen estructuras tecnocráticas por excelencia.

Trump no pertenece a ninguna de las viejas tipologías. Proviene de Estados Unidos, y allí el tecnócrata es un personaje cada vez menos atractivo, hasta el punto de que el líder republicano se construyó precisamente contra ellos. Era rico, como su padre, pero nunca alcanzó los lugares de mayor prestigio. Carecía de credenciales, había forjado su popularidad en los medios y en la televisión y era percibido como una suerte de arribista difícilmente comparable con la aristocracia estadounidense, la de los financieros, las clases formadas en la *Ivy League*, las grandes consultoras y los renombrados despachos jurídicos, los lobistas con más poder, los líderes de las grandes tecnológicas. Trump provenía del Nueva York de los años ochenta y noventa, de la época de «la avaricia es buena», del reaganismo y de los *yuppies*, y supo aprovechar los momentos de crisis para consolidar sus grandes proyectos: su fama creció notablemente en la era de las dificultades económicas de la Gran Manzana. Pertenecía más a la clase de Berlusconi que a la de los grandes líderes: era mediático, sus productos resultaban populares, carecía de distinción, exhibía su riqueza, tuvo sonados divorcios, construía torres con mucho oro chapado. Las cualidades que se podían valorar de él se alejaban de la distinción, la mirada esnob, el recorrido académico, los grandes despachos de caoba. Trump era rico, pero no formaba parte de las élites que manejaban el país. Las burlas crueles que le dedicó Obama en la cena de corresponsales de 2011¹¹ mostraban al mundo hasta qué punto era considerado un

11. <<https://www.youtube.com/watch?v=HHckZCxdRkA>>.

personaje secundario, y un punto despreciable,¹² en la trama del poder.

La mirada de superioridad que soportó le fue útil electoralmente porque le permitió comprender de forma diáfana el malestar del hombre común con esas clases ricas de las costas de Estados Unidos. A esa tecnocracia, a la que llamó el pantano, la ciénaga, el *blob*, la tuvo en el punto de mira continuamente. La campaña de 2016 apuntó de manera expresa contra sus principales representantes, los que conformaban la denominada *professional managerial class*, la defensora y beneficiaria del orden basado en reglas; la campaña de 2024 fue mucho más intensa en ese sentido. Las dos personas más importantes de las que Trump se rodeó fueron J. D. Vance, el vicepresidente que decía defender al hombre común, y Elon Musk, el libertario tecnológico: los dos estaban radicalmente en contra de esas clases formadas urbanas que se creían mucho mejores que el resto de los norteamericanos.

Su discurso era disruptivo en lo formal, ya que su manejo de los medios fue profundamente divisivo (trató a sus rivales como había tratado a los concursantes de *The Apprentice*), pero también en su naturaleza. Actuaba como un hombre de negocios: Estados Unidos tenía demasiadas normas, demasiados burócratas y demasiados impedimentos para que los emprendedores floreciesen; todo eso debía ser derribado. En su primera legislatura, dejó claro que iba a confiar en figuras exitosas, habitualmente hombres ricos, en detrimento de los expertos.¹³ La fortuna conjunta de los cargos nombrados por Trump superaba los 35.000 millones de dólares.¹⁴

12. <<https://people.com/politics/chris-christie-on-obamas-2011-roast-of-donald-trump/>>.

13. Nombró secretario de Trabajo a un magnate del sector de la comida rápida; a un negacionista como responsable de Medio Ambiente; a un directivo de la petrolera Exxon como secretario de Estado; a un ejecutivo de Goldman Sachs como secretario del Tesoro; a una decidida partidaria de las escuelas privadas como secretaria de Educación y a un enemigo de la sanidad pública como secretario de Salud.

14. <<https://www.politico.com/story/2016/11/donald-trump-cabinet-billionaires-millionaires-231831>>.

En su segundo mandato ha hecho todavía más evidente ese desprecio sobre las clases gerenciales profesionales, así como la necesidad de que sean sustituidas por millonarios que saben dirigir con la actitud y la energía propias de la empresa:¹⁵ Elon Musk dirige el Departamento de Eficacia Gubernamental; Linda McMahon, de setenta y seis años, que hizo su fortuna con el *wrestling*, es la responsable de Educación; Howard Lutnick, director de un banco de inversiones, es secretario de Comercio; el administrador de fondos Scott Bessent, secretario del Tesoro; o Doug Burgum, un magnate tecnológico, está al frente de Interior. Y para los cargos que no ha confiado a millonarios, ha optado por políticos leales a su causa. Queda muy poco en la administración Trump de las élites habituales en Washington.

El mensaje que transmite con estos nombramientos es que ha llegado el momento del relevo: la clase dirigente que proviene del mundo de los negocios sabrá hacer con el Estado lo mismo que logró con sus empresas. Los planes de eficiencia, la toma de decisiones sin trabas burocráticas, la consecución de beneficios palpables y el desarrollo de una visión clara y decidida sobre el futuro son característicos de los hombres de acción, al contrario que esos tecnócratas que se enredan en la palabrería.

No es difícil que, en una sociedad individualista como la estadounidense, sean apreciados este tipo de perfiles, ya que encajan en el imaginario del hombre que es capaz de dirigir la nave con firmeza: quién mejor que un hombre de negocios para conseguir que el país sea próspero, y más aún si proviene de un entorno, el tecnológico, que ha sabido encontrar soluciones innovadoras. Las clases dirigentes estadounidenses se han visto así sustituidas por gestores que no van a dedicar tiempo a encajar distintos matices en normas complejas, sino que utilizarán las bazas contundentes del realismo político y económico. Es un cambio con relevancia para las élites europeas, que se habían criado bajo la atenta mirada de las clases expertas anglosajonas.

15. <<https://www.usnews.com/news/national-news/articles/how-many-billionaires-are-in-trumps-administration-and-what-is-their-worth>>.

El elemento novedoso en la campaña de 2024 fue el vicepresidente elegido, J. D. Vance. Su trayectoria personal giró desde el neoliberalismo presente en la época en que escribió *Hillbilly, una elegía rural*, hacia una política, ligada a su conversión al catolicismo que afirma poner el acento en el bien común. La imagen de decisión que transmitía Trump, y el elemento insurgente que lo caracterizaba, se vieron complementados con un político que afirmaba velar por los intereses del ciudadano común. Vance, que había trabajado para el magnate tecnológico Peter Thiel, su principal valedor en la esfera trumpista, aportó un cierto compromiso con los territorios y las clases más deterioradas del país. Por primera vez en mucho tiempo, el Partido Republicano acogió a figuras obreristas que mezclaban la idea del bienestar material con un nuevo sentido del propósito. El apoyo de esos sectores era indispensable si se quería derrotar a Harris, y el complemento que traía Vance introdujo ideas muy inusuales en una formación conservadora que había apostado durante mucho tiempo por el neoliberalismo. La mezcla de ambas posiciones, la del hombre con decisión y energía y la del líder que pretendía ocuparse del bienestar del ciudadano normal, fue esencial a la hora de dar forma al nuevo Partido Republicano. De momento, el mandato de Trump ha dado mucho más peso a la vertiente del negocio, encarnada en Elon Musk, que a la representada por Vance, pero concurrió a las elecciones con ambas perspectivas.

En todo caso, la experiencia de Trump subraya la transformación operada en la política. En la época anterior, los líderes preferidos eran aquellos que transmitían una imagen de tranquilidad y moderación (Obama era el ejemplo idóneo, como lo fue en su momento Merkel). Encontraban respaldo en las clases gestoras y exhibían una cara amable que irradiaba confianza. Hoy, tales figuras están en desuso, y los líderes que ganan no se apoyan tanto en la fotogenia o en la moderación, como en la energía de la transformación: prometen otra época y sus gestos los deben acompañar.

Este giro no sólo es producto de la animadversión contra las élites tradicionales, descritas como poco eficaces, sino un intento en toda regla de derribarlas. La propuesta de bienestar futuro de

los nuevos líderes parte de una premisa: la responsabilidad de las viejas élites respecto de los daños causados. Los males que afligen a Occidente provienen de una mala dirección, generada por ideas erróneas, ya sean la apertura global, el enfoque en lo *woke*,¹⁶ la pátina burocrática o las políticas verdes, entre otros factores, por lo que no basta con cambiar unos cuantos nombres en la administración: es necesario desplazar por completo a esas clases dirigentes para que los problemas comiencen a solucionarse. Al contrario que los políticos de la vieja época, que prometían una continuidad con los gobiernos anteriores y una cierta integración de los perdedores, los actuales no abogan por la sucesión, sino por una revolución gestora. Trump supone un notable salto hacia adelante.

El cambio de eje político

La pregunta más pertinente es por qué estos tiempos de contextos confusos, transformaciones internacionales, aparición de nuevos líderes y visiones negativas sobre el futuro han generado atractivo entre las poblaciones occidentales. La respuesta pasa por entender cómo el eje nacional / global ha sustituido al tradicional izquierda / derecha en todas partes. Desde Argentina hasta Países Bajos, desde Francia a Reino Unido, desde Hungría hasta Estados Unidos, la dinámica territorial es ahora el elemento central a la hora de decidir las configuraciones parlamentarias y los presidentes de los gobiernos. Es un asunto muy relevante, también por lo que tiene de cambios en las preferencias políticas de las distintas clases sociales.

La victoria de Trump se tejió alrededor de la variable geográfica. Los demócratas dominaron en sus Estados tradicionales, como Nueva York o California, pero también en las principales ciudades de aquellos Estados que acabaron ganando los republi-

16. La ideología *woke* promueve la igualdad racial y de género, rechaza las estructuras de poder tradicionales y subraya la conciencia de las opresiones sistémicas. Apuesta por las políticas DEI (diversidad, igualdad e inclusión).

canos. Según el índice Kearney (2024), en Estados Unidos hay quince ciudades globales. En todas ellas, Charlotte, Houston, Dallas, Atlanta, Boston, Chicago, Los Ángeles, Miami, Minneapolis, Filadelfia, Nueva York, San Francisco, Seattle y Washington D. C. (excepto en Phoenix, donde hubo un empate técnico), los demócratas se impusieron con una diferencia sustancial.¹⁷ El apoyo para Trump provino de los entornos interiores, especialmente de condados cuyas dinámicas económicas, sociales y culturales¹⁸ son muy distintas de las de las ciudades globales.

La brecha abierta entre territorios con vitalidad económica y los deteriorados, los aspiracionales y los detenidos, los conectados y los alejados, marca la política de nuestro tiempo.¹⁹ La globalización es indisociable de la forma red, cuyos nodos están compuestos por ese conjunto de ciudades globales que fueron las grandes ganadoras de la época, desde Nueva York hasta Dubái, desde Los Ángeles hasta Madrid. En ellas se han forjado las ideas dominantes, se ubican las mayores empresas, se demandan los trabajos con más prestigio y mejor pagados y residen las élites. Los preceptos que se difundieron desde las grandes urbes, como la importancia del libre comercio, la creencia en el progreso, el papel principal de la tecnología y la apertura en las costumbres, dibujaron una época. Esos núcleos se conectaban, a su vez, con ciudades de menor tamaño del interior de su territorio, que tenían a imitar sus fórmulas de desarrollo. Esa red forjó una mentalidad común y también una posición política: en la mayoría de Occidente, las grandes ciudades solían ser progresistas.

La financiarización de la economía, la desaparición de la industria, las sucesivas deslocalizaciones y la concentración de la inversión permitieron que las grandes ciudades gozasen de oportunidades todavía mayores, pero trajeron una contrapartida. Las ciudades pequeñas e intermedias, así como el mundo rural, se vieron sumidos en una época complicada: la pérdida de

17. <<https://www.elviejotopo.com/topoexpress/razones-de-una-derrota/>>.

18. <<https://www.brookings.edu/articles/trump-again-won-counties-representing-a-minority-share-of-national-gdp-but-with-notable-gains/>>.

19. Hernández, Esteban, *El corazón del presente*, Círculo de Tiza, 2023.

población, en especial de los jóvenes y de las personas cualificadas, la falta de inversión, el endeudamiento y la desindustrialización produjeron una contracción significativa de sus opciones de futuro. Desde esos territorios, la vida se observaba de manera distinta.

Esa separación produjo dos divisiones, y la primera de ellas dibujó un nuevo diagrama social. En un lado se situaban las clases formadas urbanas, las exitosas, que peleaban por mantener un *statu quo* que les era favorable. En el otro estaban los perdedores de la globalización, esos territorios interiores, con sus clases medias en declive y con una proletarización creciente, que están interesados en la estabilidad y en la seguridad desde un punto de vista casi existencial. Entre ambas, y en un lugar ambiguo, quedaron los habitantes de las periferias urbanas, así como las clases formadas precarias, cuya posición económica no es la mejor, pero que conservan todavía un sentido positivo del porvenir, ya que aspiran a progresar.

La segunda división fue política, y enfrentó las ideas dominantes en las urbes globales con las de las zonas en decadencia. Las elecciones de los últimos años han emitido un resultado uniforme: la Francia interior ha votado contra París; la América interior, contra las ciudades de las costas; Reino Unido, contra Londres; Argentina, contra Buenos Aires; Hungría, contra Budapest; la Alemania del Este, contra la del Oeste. En esa clave operó Trump, cuya propuesta entró en las zonas alejadas de las grandes urbes como cuchillo en la mantequilla. No sólo por el apoyo que el Partido Republicano contaba tradicionalmente en ellas, ligado a la religión y al sentimiento nacionalista, sino porque prometía un resurgir que esos territorios necesitaban.

Si bien esas zonas deterioradas comparten condiciones y su declive es producto de las mismas causas, su heterogeneidad hace aparentemente difícil que se reúnan en un camino de salida común. Las poblaciones pequeñas de Texas y las de Pensilvania son muy diferentes entre sí, como las de la Bretaña francesa y las cercanas a Marsella. Sin embargo, todas ellas forman parte de un mismo país y poseen códigos culturales e históricos comunes,

por lo que es lógico que las opciones políticas traten de apoyarse en lo compartido. La campaña de Trump fue expresa en este sentido, ya que la nación regresó como el elemento fundamental de unión de personas y territorios que deseaban un cambio. El concepto Estados Unidos operaba como entidad geográfica, pero también «Hacer América grande otra vez» significaba recuperar las comunidades que la conformaban, apoyar al ciudadano común y reanimar el espíritu de un país que se estaba desvaneciendo.

Sin embargo, no bastaba con enunciar ese discurso, era necesario encontrar un oponente al que referirlo. La nueva derecha republicana se situó enfrente de un entorno urbanita que defendía una serie de políticas que generaban incomodidad en los territorios interiores. Las políticas *woke* eran parte del combate, pero no fue ése el aspecto decisivo. La apuesta cultural y económica de Trump apuntó contra el ideario de las ciudades globales, a las que responsabilizaba de haber impulsado el libre comercio, las deslocalizaciones, la pérdida de empleos bien pagados y el declive de las clases medias y de las pequeñas poblaciones. Exhibió un aire claramente impugnatorio respecto de las élites que habían ejecutado un plan que se había revelado muy dañino para el ciudadano medio. Trump, como las fuerzas ideológicas insurgentes de la nueva época, hizo política contra las grandes ciudades y a favor de la nación. Ambas cosas iban de la mano: el fortalecimiento del país era la condición de posibilidad de la mejora individual; la nación emergía como refugio de los que habían perdido con la globalización.

Ese enfrentamiento es la clave del eje global / local. Refutar la globalización y centrarse en las necesidades nacionales, con el combate implícito contra las élites urbanas, es el movimiento político más relevante de esta época. Las fuerzas sociales que lo sostienen proceden de las ciudades pequeñas e intermedias, del mundo rural y, en alguna medida, de las periferias de las grandes urbes. Son terrenos en los que las nuevas derechas se han situado mucho mejor, y en los que las progresistas han decaído significativamente, en gran medida porque siguen anclados en el eje progresismo / conservadurismo.

Es una carta políticamente poderosa porque incide en esa distancia económica que atraviesa las sociedades occidentales, y lo consigue desplazando el eje de clase hacia el geográfico. Al operar de esa forma, logra que una parte significativa de las personas con menos recursos apuesten por las derechas. Ya que en los territorios con menor vigor económico residen las poblaciones con recursos más escasos, es lógico que sus clases medias bajas, así como las que están en situación de proletarización, se refugien en las formaciones que afirman defender los intereses de esos territorios. Ese giro explica también la cada vez mayor insistencia de los partidos progresistas en las clases urbanas formadas, en las minorías y en las mujeres como bases sociales de sus formaciones: es un intento de ganar apoyo social en sectores concretos, ya que las condiciones no les son favorables en un buen número de regiones.

Ésta es la causa de que los partidos de izquierda pierdan peso social en Occidente. Las viejas posiciones ideológicas pierden relevancia al mismo tiempo que las ganan las opciones que prometen la recuperación de las capacidades nacionales. La falta de comprensión por parte del *establishment* demócrata de este hecho, que se reproduce en Europa, condujo al *shock* que se vivió tras los resultados electorales estadounidenses.

La anomalía española

La tendencia general en los Estados occidentales tiene algunas excepciones, y España está entre ellas. En el pasado, lo frecuente es que las nuevas orientaciones políticas penetrasen en los grandes centros urbanos y desde allí fueran irradiándose hacia las ciudades con menos población y, en alguna medida, hacia los entornos rurales. Ahora domina el movimiento opuesto: las fuerzas políticas que tienen su apoyo en los territorios periféricos van ganando cada vez más espacio y penetran con alguna fuerza en las ciudades. Ése es el camino seguido por los movimientos populistas contemporáneos. Ocurre del mismo modo a nivel internacional: el centro —Estados Unidos y Europa— se ve desafiado

por el crecimiento y la potencia de países que ocupaban un lugar periférico, como los BRICS, lo que trastoca el orden creado.

En España no funciona plenamente ninguna de las dos tendencias. La capacidad de influencia de las grandes ciudades sobre el resto del territorio ha disminuido, lo que impidió que fuerzas políticas como Podemos, Ciudadanos o Sumar se expandieran por los territorios (quedaron confinadas en los centros urbanos), pero tampoco existe un movimiento de fuera hacia dentro que haya emergido con energía.

Esa situación indefinida es producto de una variable que determina buena parte de la vida política nacional: la existencia de dos ciudades globales, Madrid y Barcelona. La primera vive una época de auge, la segunda se ha visto frenada; continúa atrayendo actividad y recursos, pero en una proporción bastante menor que la capital. En Madrid están ubicadas las sedes de las grandes consultoras, los despachos de abogados más prestigiosos, los medios de comunicación nacionales, las firmas publicitarias, las dedicadas al *lobby*, muchas firmas del Ibex, la judicatura, el alto funcionariado y los centros académicos de mayor relevancia, y ese poder actúa como un imán. Barcelona ha perdido el foco cultural que una vez tuvo, pero también vio detenido su vigor económico, así como su potencial de influencia, con el *procés*.

El efecto de absorción de la actividad y recursos por parte de Madrid es típico de las grandes urbes y es una consecuencia difícilmente eludible de la globalización. Ese hecho provoca que su poder de atracción aumente en todos los terrenos. Es lógico que muchos jóvenes de otras provincias, habitualmente formados, busquen en la capital las oportunidades de las que carecen en sus lugares de origen, como lo es que se convierta en un destino típico de la inmigración y de la inversión, así como en sede de grandes eventos culturales y comerciales. Las ciudades y regiones cercanas tratan de aprovechar ese empuje intentando vincularse de manera más estrecha con la gran ciudad, normalmente mediante conexiones más rápidas, para atraer inversión y población o para generar empleo. Esa capacidad de captación se expande hasta lugares relativamente lejanos, y Valencia o Zaragoza tratan de aprovechar las posibilidades de la conexión con la capital. El

carácter de centro geográfico de Madrid, así como la organización radial de las comunicaciones españolas, ayudan a que ese carácter de nodo se desarrolle con más intensidad. Políticamente, influye que el sentimiento nacionalista español se rearme alrededor de Madrid y no en su contra, como ocurre en otros países. En la capital de España, al contrario que en otras urbes globales, lleva tiempo gobernando la derecha y el clima social en el que se desenvuelve es favorable a ella, lo que introduce un factor diferencial.

Este auge de Madrid ha fomentado la pérdida de peso de Barcelona. Las élites de la Ciudad Condal trataron de recuperar influencia presionando por el reparto de los recursos estatales, a menudo mediante los votos de los partidos catalanes en el Parlamento, y más tarde a través de una cada vez mayor tensión con el Estado, que tuvo su punto límite en ese intento secesionista que fue el *procés*. La salida de la crisis de 2008 generó problemas en todas partes, pero la reacción en Cataluña cristalizó en un movimiento que reproducía a nivel regional las dinámicas políticas generales. El argumento principal de esa oposición al Estado español fue que la pérdida de vigor catalana había sido causada por un reparto deficiente de los recursos nacionales. Barcelona era una ciudad abierta y con conexiones, con mentalidad emprendedora y un posicionamiento cultural privilegiado; con la inversión adecuada, lograría el dinamismo que precisaba para tener recorrido entre los circuitos internacionales. Esa lectura de la situación de las élites catalanas fue empujada por buena parte de los cuerpos expertos, con las escuelas de negocio a la cabeza. Las pequeñas ciudades y el mundo rural catalán explicaban su pérdida de poder adquisitivo, de servicios públicos y de dinamismo económico, no por los efectos de la globalización, sino por el maltrato del nacionalismo español. En ambos lugares, además, se reforzó la percepción de que las malas relaciones con España constituían un problema que no se podía solucionar mediante el diálogo, por lo que resultaba lógico emprender el camino en solitario. La posibilidad y la necesidad de la independencia acabaron cobrando cuerpo tanto en entornos urbanos como en los rurales y dio lugar al *procés*. El intento secesionista tuvo efectos

notables en la política española y creó un nuevo eje político alrededor de la línea del Ebro.

Los proyectos de Madrid y Barcelona se parecen mucho en lo económico y en lo existencial y la diferencia real entre ambas ciudades reside en el porcentaje de recursos y de autonomía de los que cada una de ellas goza. Madrid ha emprendido una deriva de clara separación del resto del país en lo económico y en lo social, al igual que lo intenta Barcelona (con menos éxito), pero ninguna de ellas cuenta con una visión del Estado que permita impulsar el crecimiento más allá de sí mismas y de su entorno.

Este enfrentamiento entre las dos ciudades vuelve enormemente complicado que el eje nacional / global se reproduzca en España. Si el movimiento habitual consiste en que las periferias combaten al centro, es decir, los territorios con menos vigor se posicionan políticamente en contra de las grandes urbes y de sus proyectos, reuniendo sus reivindicaciones bajo el cobijo de la nación, aquí esa línea se invierte. La capital, en la que gobiernan las derechas, ha logrado colocar a buena parte de las regiones con poco vigor económico de su lado, así como a las ciudades con las que cuenta con buenas conexiones, precisamente porque puede conformar un proyecto nacional como simple oposición a los separatismos liderados por el entorno catalán. Las últimas elecciones generales reflejan cómo el triunfo en todas las autonomías cayó del lado de las derechas, salvo en Cataluña, Navarra y País Vasco, la línea del Ebro. Si en otros países se vota contra la capital, en buena parte de España se vota contra Barcelona (hoy el centro del progresismo socialista), reconfigurada como ciudad global contra la que luchar y la que se puede llevar la mayor parte de los recursos nacionales gracias a la teórica complacencia del PSOE. Éste es el movimiento centrípeto de la política española.

El movimiento centrífugo, el que busca el alejamiento en lugar de la reunión, también está presente en la vida política patria. Cuando la hostilidad hacia Madrid está políticamente presente, se vehicula como reivindicación regional, no nacional. Barcelona o Bilbao no pueden encabezar una revuelta contra la capital en la que pongan de su lado a los territorios con menos vigor por-

que sus reivindicaciones son puramente privadas. Carecen de una visión de España que autorice a competir con la de Madrid. El combate contra la capital está anclado en términos particularistas, mediante los que pueden reclamar más competencias o fondos, o promover una nueva articulación del Estado, pero que impiden que sus argumentos resulten atractivos para el resto de los territorios. Ni siquiera en la manera de estructurar el Estado se desprenden de esa mirada local: son los primeros que se opusieron al «café para todos». En esas circunstancias, los territorios con menos vigor se ven obligados a elegir entre dos entornos con recursos que piensan de la misma manera y que no les benefician en absoluto.

Donde mejor se aprecian los caminos por los que se articula en España la variable territorial es en la izquierda. La deriva regionalista ha estado presente también en las derechas nacionalistas, como PNV y CIU-Junts, y ha cobrado un creciente auge con la reivindicación de elementos culturales propios: Moreno Bonilla luce andalucismo, como el PP gallego celebra sus raíces o Madrid sus especificidades. Sin embargo, la insistencia en lo regional está más presente en las izquierdas, que han encontrado un ámbito propio de acción en una mezcla de refugio en el territorio y de lucha contra la ciudad global (que es casi siempre un sinónimo de españolismo). Más allá del PSOE se ha creado un conjunto de partidos progresistas que tienen implantación y recorrido local (Bildu, ERC, BNG, Compromís, Más Madrid, Izquierda Andaluista, una IU asentada sobre todo en Andalucía). Ninguno de ellos cuenta con recorrido en todo el país y ni siquiera una federación o confederación parece una solución que pueda resolver ese problema.

Este asentamiento en las regiones subraya cómo la cuestión de clase ha pasado a convertirse en una cuestión de territorios: los partidos de izquierda como Bildu, ERC o BNG insisten en un componente nacionalista evidente, que les otorga exclusividad electoral respecto de otras fuerzas de su espectro ideológico, pero también porque, de ese modo, pueden ofrecer una promesa a sus votantes que entronca con la tendencia emergente en la política contemporánea, la de unir nación y bienestar de sus habitantes.

En un momento de detención económica, de declive de las prestaciones públicas y de deterioro del nivel de vida, la variable territorial implica poner en juego un elemento que pueda hacer creer a sus simpatizantes que la recuperación es posible. Su discurso insiste en que, en la medida que se obtengan más recursos del gobierno central, que se consigan más competencias o que gestionen con total libertad (o, en última instancia, que se alcance la independencia), la vida de los ciudadanos de sus comunidades será mejor. Utilizan el eje territorio contra capital, pero lo formulan en términos reducidos y cerrados.

La convivencia de la pulsión centrípeta y la centrífuga hacen difícil que un proyecto populista en los términos que está siendo formulado tenga un gran recorrido en España. En la medida en que las élites de los espacios con más recursos están enfrentadas entre sí por el reparto del pastel nacional es complicado que las clases medias y las trabajadoras, especialmente las de los territorios en declive, encuentren un espacio que perciban como defensor de sus intereses. No se puede poner en juego el eje nación contra capital porque esos conceptos aluden a naciones y a capitales distintas.

Sin embargo, las especificidades españolas sirven también para ilustrar las dificultades europeas, que atraviesan un momento similar. En un momento de crisis sistémica, la solución ha aparecido internacionalmente en términos geográficos-nacionales: Estados Unidos, China, India, Turquía, Arabia Saudí, Israel y tantos otros están operando en términos estatales para sacar partido del nuevo contexto, pero Europa no consigue esa reunión en torno a una visión concreta: los intereses divergentes de Alemania, Francia, Polonia, Italia o Países Bajos complican tanto la vida comunitaria como Madrid, Cataluña, País Vasco o Andalucía los de la española.

Hasta la fecha, la Unión Europea ha tenido un centro, Bruselas, que en realidad defendía intereses fundamentalmente alemanes. Las distintas derechas soberanistas han atacado a ese núcleo con el deseo de ganar poder de decisión para sus Estados y de aflojar unos lazos que describen como perjudiciales, ya sea por motivos económicos, culturales o ideológicos. Sin embargo,

ninguno de los partidos anti-Bruselas ha emergido con una idea alternativa de la Unión Europea que sirviera como elemento de reunificación. Su posición era la de alejarse y separarse del poder tecnocrático europeo, y lo que une a esas fuerzas políticas es su deseo de distanciamiento, no el proyecto de una Unión Europea diferente. Es el caso español: las regiones que han luchado políticamente contra Madrid lo han hecho en términos propios, no para proponer una visión de España que pudiera vincular al resto de los territorios a un ideario común. Las dificultades europeas son como las españolas, en el sentido de que hay una tendencia unificadora que sólo beneficia al centro, y una tendencia centrífuga que empuja hacia la dispersión. La tendencia centrípeta y la centrífuga coinciden, y la segunda va ganando.

El caso español no es más que otro ejemplo de cómo la geografía ha irrumpido en la política. No podía ser de otra manera, dada la gran brecha que ha generado el auge de las grandes urbes.